

noveva, y dónde pretendes hallarla tú! ¡Adiós!
—¡Hasta la vista!—respondió Placial, mientras Cecilia, con la cabeza erguida, se dirigía al edificio que momentos antes había abandonado él.

Estradère contempló algunos momentos aquella mujer que se alejaba con ceñudo gesto, y moviendo la cabeza, dijo:

—¡Miseria humana! ¡Mi amor, mi fe, mis ilusiones, mis sueños, mi juventud, todo lo era esa mujer! ¡La mano de esa infame ha hecho de todo ello migajas y sangriento polvo!

Y pasando la mano por su frente, como para desembarazarse de una pesadilla, tomó la dirección de la plaza de Trafalgar, diciéndose en voz alta:

—¡Olvidemos el pasado! No pensemos más que en Genoveva. Ahora es preciso que vea al capitán Montpezat.

XII.

Marcha nocturna.

El encuentro de Placial con Cecilia había despertado tan vivamente en el primero los dolorosos recuerdos de su felicidad perdida, que, á pesar del largo tiempo transcurrido, le parecía que la muerte de Francisco Lecourbe había sido el día anterior.

Marchando hacia el *Hotel Dieudonné*, se sentía enternecido. ¡Había amado tanto á aquella mujer! En el fondo de su alma, quizá la amaba todavía, no en su presente, que era siniestro, sino en su pasado. Ó, más bien, á quien amaba era á Genoveva, que no era para él más que una visión, pero la visión de su juventud y de su felicidad pasada.

—Es extraño (se decía al andar); nunca he hablado á Genoveva. ¡Apenas la había apercibido, cuando su imagen desapareció en lontananza, y, sin embargo, tengo sed de verla y de estrecharla en mis brazos, como si verdaderamente fuera mi hija! ¡Miserable! ¿Quién sabe si, en tu debilidad, no es á Cecilia á quien amas en ella? ¡Ah! ¡Cecilia! ¡Cecilia!

Y con el pensamiento transformaba á la Cecilia de hoy, envejecida, flaca y desfigurada, en la Cecilia de otros tiempos, joven, bella, sonriente, co-

locada entre sus ramos de flores. Cecilia tenía veinticinco años en la época de su casamiento. ¿Cómo esta mujer, que contaba poco más de cuarenta años, se encontraba ahora tan marchita y desfigurada? Á los cuarenta y tres años podía considerársela vieja y gastada. La enfermedad, y más aún su mala vida, habían impreso en ella el sello de la decrepitud.

—Las prácticas de la vida honrada son siempre el mejor método para conservarse y para ser dichoso,—pensaba Placial.

Sin embargo, ¿había logrado ser feliz él, no obstante su vida llena de honradez, de abnegación y de sacrificios? ¿Y aquella pobre Genoveva, recogida por el viejo Bob en las calles de Londres, había experimentado un solo momento de alegría en el mundo?

—¡Ah, pobre niña! (se decía el domador.) ¡Al defenderte, creo que es mi propia felicidad la que voy á disputar á la vida!

Había llegado á Ryder-Street, delante de una casa de muchos pisos, cuya arquitectura se parecía á la de algunos palacios de Venecia. Era el hotel en donde se alojaba el capitán Montpezat.

Placial entró en aquel edificio, generalmente lleno de franceses, y pocos momentos después se halló en presencia del marino, quien, al verle, lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ah, Estradère! ¡Qué buena fortuna! Y bien, *paisano*: ¿no decíais que no volveríamos á vernos jamás? ¡Vos en Londres! ¿Quién os ha dado las señas de mi alojamiento?

—El coronel Henderson.

—¿El jefe de policía? ¿Qué tenéis, pues, que des-

embrollar con la policía? ¡Yo, por lo menos, necesito de ella! ¡He venido persiguiendo á dos *perros ladrones*, que han robado la caja del buque!

—Y á quien queréis prender vos mismo, Capitán; lo sé todo.

—¿Cómo? ¿Sabéis eso?

—¡En el Scotland-Yard se saben muchas cosas! ¡Yo también, Capitán, quiero ir á White-Chapel, no para prender ladrones, sino para salvar una víctima! ¡Si queréis, realizaremos juntos esta empresa!

—¡Oh! Con mucho gusto (respondió Montpezat, en tono grave y afectuoso, mirando al domador con curiosidad). Mas ya que me habéis dispensado la confianza de contarme vuestra historia, ¿me confiaréis ahora este nuevo secreto?

Placial le contó detalladamente aquel encuentro inesperado que había trastornado sus planes; la esperanza que se elevaba ante él como una aurora, y el deber que se había impuesto á sí mismo.

—Las bestias feroces me han consolado de los hombres (dijo); y mi tigre *Tiberio* no ha desgarrado mi carne como lo hizo mi mejor amigo. Mas entre *Katchar* y *Nerón*, entre el perro humano consagrado á mí hasta el sacrificio, y el león que tiembla, hay horas en que mi corazón late como en otros tiempos, y en las cuales me convenzo que el hombre ha sido hecho para amar y ser amado, y que estoy en la edad en que, á falta de los besos de una mujer, tiene una necesidad de las caricias de un hijo. ¡Un hijo! ¡Un ser débil á quien proteger! ¡Una voz consoladora que escuchar! ¡Qué dicha, si yo le tuviese! ¡Y, sin embargo, le tengo! Según la

ley, esa niña me pertenece! Por el interés y afecto que he de consagrarla, estoy seguro que me ha de querer como á un padre! ¡Y desde hoy, mi vida tendrá un objeto, y ese objeto será Genoveva!

—¡Bravo! (gritó Montpezat.) ¡He aquí un desesperado que vuelve á recobrar la esperanza! ¡Gracias á Dios! Á nuestra edad no debe uno aborrecer la vida, *paisano!* Tenéis razón; entraremos juntos en los barrios sombríos de Londres, y, antes de dos días, encontraremos, vos á vuestra hija, yo á mis ladrones.

Cuando el Capitán acababa de pronunciar estas frases, llamaron á la puerta de la habitación, y Montpezat contestó con la palabra:

—¡Entrad!

Tres hombres penetraron en la estancia: el uno, pequeño y rechoncho, de cabellos negros y color cetrino, con toda la barba, vestido en traje de menestral acomodado; los otros dos llevaban uniforme de marineros: chaqueta corta, cuello azul con listas blancas, sombrero de fieltro echado atrás, con anchas cintas negras, en cuyos extremos, flotantes sobre la espalda, se veía impresa esta palabra: *Mistral*.

—He aquí nuestros compañeros de expedición, —dijo el Capitán.

El primero de aquellos tres hombres, que vestía un gabán grueso de pelo largo, era uno de los oficiales del *Mistral*, el subteniente Bourrageas. Al ver al domador, se adelantó hacia él con la mano tendida, y le dijo con el acento de los habitantes de Marsella:

—¿Vos en Londres, Estradère?

Placial se adelantó á su encuentro, y ambos se

estrecharon las manos con efusión, cambiando algunas frases afectuosas. Después, dirigiéndose á los dos marineros, les dijo:

—¡Salud, amigos míos! ¡Tengo mucho gusto en volveros á encontrar!

—También nosotros (dijo uno de los marinos). ¿Cómo va *Nerón*, señor Estradère?

El que pronunció estas últimas palabras era un gran mozo, delgado y hercúleo, de frente deprimida y cabello espeso, con barba negra, con aretes en las orejas; un verdadero tipo de marinero, cuya piel había tostado el sol de todos los países del mundo. Se llamaba Yan Poullaouec, y era natural de Brest.

—Espero que *Tiberio* seguirá sin novedad, —dijo el otro marinero, retirando de su boca el tabaco que mascaba, y que abultaba su carrillo izquierdo.

—¡Sí, gracias, Lemagnen! —dijo Placial.

—¿Me reconocéis, señor Estradère?

—¡Bah! ¿No estabais á mi lado cuando en el entrepuente del *Mistral* encantó Katchar á las serpientes? ¡Y recuerdo que no tuvisteis miedo, Lemagnen!

—¿Por qué había de tener miedo? —dijo el marinero, sonriendo.

—¡Y bien! (dijo Montpezat, dirigiéndose á Estradère.) ¡He aquí mis compañeros y los vuestros! Agregad un Inspector y un sargento de policía que el coronel Henderson pone á nuestra disposición, y ésta será la pequeña partida que va á echar mano al cuello de Fargeotte y de Rondonneau, los miserables que han venido á refugiarse en los rincones más desconocidos de Londres.

—¿El señor Estradère viene con nosotros?—preguntó Bourrageas.

—Sí,—respondió el Capitán.

—Katchar y yo os seguiremos,—dijo Placial.

—¡El indio! ¡Es un mozo templado! (dijo Yan Poullaouec.) ¡Sus delgados brazos son más sólidos que los brazos gruesos de muchos!

—¿No será por mí por quien decís eso, Poullaouec?—preguntó Lemagnen, que era grueso, de cabellos rojos y nariz fina, con la mejilla sonrosada y reluciente, parecida á una manzana normanda.

El bretón se encogió de hombros.

—¡Vamos, vamos; nada de discusiones! (dijo Montpezat.) Es verdad que estos se quieren como buenos compañeros, pero disputan como comadres en el lavadero. ¿Y por qué? ¡Porque Lemagnen es de Cherburgo, y Poullaouec es de Brest! Normando ó bretón, ¡qué os importa, truenos de Mahoma! ¿Es que no se bebe tan buena sidra en el Finisterre como en la Mancha?

—¡No, Capitán!—dijo Lemagnen.

—La nuestra es mejor—dijo Poullaouec.

Y por lo bajo, dirigiéndose á Estradère:

—¡Los normandos son, todo lo más, medio bretones!—dijo con la gravedad de un juez que pronuncia una sentencia.

—Lo cierto es que el lunes próximo, cuando llegue la noche, iremos todos juntos á White-Chapel. Que regañéis aquí, pase; pero allá abajo, ¿lo entendéis? ¡ni querellas, ni discusiones, ni rivalidad..., ni bretones, ni normandos!—dijo Montpezat.

—¡Todos franceses!—dijo Bourrageas con su acento marsellés.

—¡Amigos!—dijo Yan Poullaouec, tendiendo su larga y seca mano á la mano gruesa y abultada de Lemagnen.

—¡Gracias á Dios!—dijo Montpezat.

Tuvieron que esperar dos días para descender á aquel infierno del vicio y del crimen. El tiempo pareció largo á Placial. Pasó el domingo entre sus fieras, al lado de Katchar, que estaba silencioso. El domador pensaba en Genoveva; el indio soñaba con aquel lord Harrisson, que días antes le había hablado de Tom-Black.

—¡Si llevo á encontrar al escocés (se decía Katchar), me pagará cara la injuria de otros tiempos!

Llegado el lunes, quiso Placial llevar consigo al indio; pero reflexionó. ¿Quién vigilaría sus fieras mientras tanto?

Si me hubieras dicho algo, habría prevenido á los vigilantes del Jardín zoológico (dijo Katchar). Mis nervios saltan á la idea de que tú vas á correr un peligro, y que Katchar no estará á tu lado.

—¡Consuélate! (le dijo el domador.) Si nada conseguimos esta noche, nos acompañarás mañana.

Cuando llegó la noche, Placial, provisto de un revólver, y cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro blando, se hizo conducir á la oficina de policía de White-Chapel, donde estaban citados los marinos y los oficiales de policía.

Esta oficina de policía estaba allí como un puesto avanzado de la civilización delante de un mundo nuevo. Era como la frontera entre la ley todopoderosa y la tierra del crimen, del vicio y de la miseria.

Cuando Placial descendió del carruaje que le había conducido, después de pagar al cochero, permaneció un momento asombrado. Exteriormente, nada le hacía adivinar en aquel edificio una estación de policía. Se hubiera creído que era una casa particular; pero vió en la puerta á Yan Poullaouec, que permanecía de pie sobre el dintel, y le dijo:

—¡Ah! Bien venido, señor Estradère. Sólo á vos esperábamos para marchar.

Placial entró, y recorrió un pasadizo que terminaba en un patio, en el cual, bajo una especie de cobertizo, se hallaban atados con cuerdas los perros errantes recogidos en las calles durante el día. Allí encontró á Montpezat, que llevaba también sombrero de fieltro, y á otras personas que le fueron presentadas.

Montpezat le designó primero al inspector Gerrard, encargado por el coronel Henderson de escoltar y de guiar á los franceses; después al sargento Hudson, coloso de larga barba roja, que saludó políticamente al domador.

—¿Y esos otros?—preguntó Placial, designando con la mirada á dos hombres que permanecían separados á poca distancia.

Entonces fué el inspector Gerrard quien contestó:

—El coronel Henderson ha creído (dijo) que no os sería desagradable tener por compañeros á dos *gentlemen* de gran valor y de excelentes cualidades. El más joven es Eduardo Morton, uno de los médicos más sabios de Inglaterra. El otro es sir Jedediah Pickford, el tipo de la caridad. Ambos deseaban vivamente ver de cerca los barrios que vamos á recorrer, y han obtenido autorización para se-

guirnos. Tanto mejor para nosotros (añadió el inspector con la sonrisa fina y á veces picaresca de los ingleses). ¡Así llevaremos á nuestro lado la medicina del cuerpo y la del alma!

—¡Me alegro! (dijo Montpezat riendo.) Yo, sin embargo, hubiera preferido á Katchar,—añadió dirigiéndose á Estradère.

Mientras que el inspector Gerrard hablaba, Placial había estudiado rápidamente á los dos nuevos personajes que el azar, ó más bien la voluntad del coronel Henderson, le daban un momento por compañeros.

El doctor Morton, sonriente, agradable, de mirada viva y penetrante, se hacía simpático desde el primer momento. Era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, sabio sin pedantería, y serio sin afectación.

Sir Jedediah Pickford, por el contrario, era alto, seco, austero y frío; su cara afilada asemejaba á la hoja de un cuchillo. Se mantenía derecho como un jalón dentro de su prolongada levita, cuyos faldones le llegaban hasta los pies, y cuyo alto cuello le cubría la nuca. Antiguo abogado, secretario ó presidente de muchas sociedades de la beneficencia oficial, socio del *Refugio de la Magdalena*, del *Penitenciario Inglés*, del *Asilo londinense para mujeres*, y otras asociaciones é instituciones de socorro, hacía el bien con mucha rigidez, é impregnaba de la sequedad de su carácter la caridad que ejercía. Por lo demás, desapiadado con los menesterosos, se hallaba más dispuesto á propinarles máximas y sermones que consuelos, y á recitarles versículos de la Biblia que á suministrarles socorros. Pasaba flemáticamente la vida, demostrando

por cuanto le rodeaba una indiferencia y una sangre fría tales, que hubieran hecho odiar lo que hay de mejor en el mundo: la caridad.

Placial sintió frío en presencia de este hombre de elevada estatura, de corbata blanca, que, quitándose correctamente su sombrero gris, rodeado de una gasa negra, cuando el domador le miró, puso al descubierto su cráneo calvo y puntiagudo, que le daban un aspecto horrible.

El inspector Gerrard, como verdadero inglés, orgulloso de hacer admirar á un extranjero las maravillosas instituciones de la Gran Bretaña, no quiso partir hasta que los franceses hubieron visitado todas las dependencias de la estación de la policía, con su *dock*, que es una jaula de hierro donde encierran medio cuerpo del prisionero acabado de arrestar, á quien tienen que interrogar. Las celdas alumbradas con gas, cuyo suelo está en pendiente, más elevado del lado en que el prisionero debe colocar su cabeza, para impedir la apoplejía á los borrachos arrestados. Los aparatos telegráficos que ponen en comunicación cada estación de policía con todas las demás, con el ministerio y con los bomberos, ligando así, como una tela de araña, las extremidades de Londres á su centro.

—¡Si se supiese aquí que corríamos algún peligro en White-Capel, bastaría con un golpe de este aparato para que de todas partes acudiesen en nuestra defensa!—dijo el Inspector.

—¡Ira de Dios! (exclamó Montpezat.) Ya nos defenderemos bien nosotros mismos.

Pusiéronse en marcha, yendo á la cabeza el inspector Gerrard, y á la cola el sargento Hudson, que golpeaba el pavimento con un garróte enorme de

madera. Ningún signo exterior podía dar á conocer al sargento ni á Gerrard como hombres de policía.

Estradère pensaba que iba á ver á aquella Genoveva tan parecida á Cecilia.

Montpezat se decía que Fargeotte y Rondoneau podían darse por arrestados.

Después de algunos momentos de marcha, entraron en calles oscuras y tenebrosas. Sombras extrañas, que se movían marchando pegadas á los muros, se paraban de repente, azoradas ó curiosas, para mirar aquel grupo de hombres que se atrevía á introducirse en las calles más miserables.

Lemagnen y Poullaouec marchaban juntos, sin pronunciar una palabra.

Placial fué un momento solo; pero bien pronto le rodearon el doctor Morton y sir Jedediah, preguntándole si era simplemente por afición á lo pintoresco, como lo hacían á veces los franceses, por lo que penetraba así en White-Chapel.

—No (dijo Placial); ¡voy á White-Chapel, porque un deber me obliga á ello!

—¡Ah, un deber! (dijo sentenciosamente Jedediah Pickford.) ¡En buen hora! Un hombre piadoso y consagrado á sus semejantes, no conoce más que el deber. Esperaba, os lo aseguro, otra respuesta. Los franceses, seres esencialmente frívolos, vienen á visitar los barrios pobres de Londres como podrían ir á un espectáculo. Es una injusticia, una inmensa injusticia. De nuestra grande é incomparable Inglaterra, no ven esos desgraciados más que esa plaga, que, por otra parte, no existe más que en la superficie.

—¡En la superficie!—dijo el doctor Morton, en-

cogiéndose de hombros con aire de triste duda.

—¡Doctor (contestó el filántropo), no existe un mal sobre la tierra que un buen pensamiento no pueda curar! La miseria, los excesos, las privaciones, las enfermedades, todo esto, creéis que pertenece al orden físico. ¡Error, doctor Morton; profundo error! Todo eso es del dominio de la moral, y los libritos que yo distribuyo á los pobres han salvado más tísicos y más anémicos que todas vuestras drogas juntas.

—¿Libritos? ¿Qué libritos?— preguntó Placial con curiosidad, mientras que el doctor Morton se encogía de hombros.

—¿No conocéis nuestros *tracts*? (dijo Jedediah Pickford.) Pues esos libros son, sin duda alguna, los que hacen de Inglaterra el pueblo más grande, el más moral y el más cristiano del mundo. ¡Ah! ¿No conocéis nuestros libritos? ¡Pues bien, tomad!

Y Jedediah, metiendo las manos en sus bolsillos, sacó, como de una biblioteca inagotable, puñados de libritos delgados, con cubiertas de todos los colores, cuyos títulos fué recitando (porque la obscuridad no permitía leerlos) con un entusiasmo de apóstol, pero entusiasmo frío y glacial como su persona.

—¡Ved aquí nuestros *tratados* salvadores! *Permaneced en Cristo.—Tu Creador y tu esposo.—El gran disgusto de la vida, y su remedio.—El impuro.—¿Quién me salvará?—El grito de victoria del cristiano.—Lo que se quiere se puede.*

—No siempre,—dijo el doctor Morton.

—¿Cómo no siempre? (gritó sir Pickford.) ¡Ah! ¡Pardiez! ¡Si se siguen los consejos de Satanás; si se hace caso de sus pompas y se imitan sus obras,

no se puede nada! ¡El malo nada puede! Pero si se sigue atrevidamente la vía de la perfección, aunque estuviera uno muerto, doctor Morton, bien pronto resucitaría!

—El señor juzgará la cuestión (dijo Morton, dirigiéndose á Placial), y verá con sus ojos si lo que se quiere se puede, como dicen vuestros libros.

—¡Oh! ¡Ya sé que sois un espíritu fuerte! (replicó sir Jedediah.) ¡No creéis más que en vuestros bisturís y en vuestras sondas! Pero acordaos de esta frase: «Que el que esté de pie, cuide de no caer». Por mí, consentiría en pasarme sin vuestras drogas, ¿entendéis?; sin vuestra cirugía y sin vuestra ciencia, si tuviera que escoger entre todo eso y los pequeños y humildes libros que vendemos á seis dineros la docena.

—¿De modo, que cuando tenéis delante un desgraciado que sufre?...

—Le concedo, en nombre de la *Asociación benéfica del perfeccionamiento humano*, una suscripción por tres meses á «*El Consolador*», *periódico de estudios bíblicos y de reflexiones cristianas*.

—Buen provecho les haga,—dijo el Doctor riendo.

Debió molestar aquella risa al filántropo Jedediah Pickford, porque Placial le oyó murmurar entre dientes:

—¡Ateo! ¡Descreído! ¡Fariseo! ¡Impío!

Cansado el domador de esta discusión estéril, preguntó al inspector Gerrard si el *Campo de la Puerta Azul* estaba todavía muy lejos.

—¡No! (dijo el policía); pero ¡observad el barrio que atravesamos! Todas esas casas de aspecto siniestro encierran una población feroz. Nosotros no

somos más que nueve hombres, y aun hay, por lo menos, uno, entre los nueve, que en caso de alarma nos servirá de estorbo. Las circunstancias nos imponen una prudencia absoluta. No se arranca tan fácilmente una mujer ó un hombre de estos barrios malditos. Si el que se busca es un asesino, es más fácil. Hay entre estos bandidos, casi todos ladrones, un cierto horror hacia los asesinos. Pero los marineros que busca el Capitán no han vertido sangre, y la joven que tratáis de recobrar es inocente. Obremos con cautela. Una imprudencia ó una violencia harían que centenares de enemigos salieran de repente de entre las sombras como manada de bestias feroces, y que fuéramos estrangulados ó arrojados al Támesis.

—¿Qué hacemos entonces?

—¡Pardiez! Si conociésemos exactamente el refugio de la joven, iríamos desde luego por aquel lado; pero el Campo de la Puerta Azul es un vasto conjunto de casuchas y chozas. No podéis ir á llamar en ellas como dueño. Es necesario interrogar, aprender y saber.

—¿Y cómo vamos á hacer esto?

—Eso me concierne,—contestó el Inspector, con la seguridad de un hombre que conoce el terreno que pisa.

El domador miraba de derecha á izquierda con ansiedad. En la obscuridad se destacaban algunos transparentes lúgubres, hechos con un papel impregnado de aceite, detrás del cual una vela alumbraba las viviendas.

De vez en cuando se dejaban ver unos resplandores rojizos detrás de unas cortinillas hechas girones. Aquellas viviendas parecían antros llenos

de sitios ocultos y trampas dispuestas para apresar á los que en ellas entrasen. Algunos muchachos pasaban huyendo, deslizándose como sombras, y de vez en cuando, detrás de unos vidrios medio rotos, se dejaban ver negras siluetas, que se retiraban bruscamente al interior. Podía asegurarse que de más de una de aquellas siniestras figuras se había escapado este grito: «¡La policía!»

El grupo de hombres avanzaba siempre silencioso, con el Inspector á la cabeza y el hercúleo sargento cerrando la marcha. De repente Gerrard se detuvo delante de una taberna, y dijo á Estradère y Montpezat.

—Es posible que aquí sepamos al mismo tiempo dónde se ha refugiado la joven y dónde se esconden los ladrones.

—Entremos,—dijo Estradère.

El Inspector empujó la puerta, y una bocanada de ese repugnante calor que despiden los seres humanos que hacinados beben, fuman y respiran anhelosos alrededor de una mesa de juego, hirió á los visitantes en el rostro. Placial, con la respiración fatigosa, creyó que entraba en un infierno.

Era un infierno, en efecto. Un montón de seres harapientos se movían confusamente entre el humo del hogar y del tabaco.

Allí había harapos, caras trágicas, miradas sangrientas, contracciones de boca horribles. Con la pipa entre sus dientes sucios y descarnados, y los codos apoyados en la mesa, se veían hombres con sombreros de fieltro blanco, de una forma extraña, al lado de mujeres que llevaban en la cabeza sombreros abollados, medio cubiertos los hombros con trozos de chales sucios y hechos girones, y con

largos bucles de cabellos que pendían á ambos lados de su rostro, descolorido en algunas, bello aún en otras, y, ¡cosa extraña!, angelical en algunas. Todas aquellas mujeres, jóvenes y viejas, bebían gin, y reían con la alegría feroz propia de animales que toman su alimento.

En este fango humano se revolcaban algunos muchachos andrajosos. Todos chillaban, cantaban, lanzaban al aire algún estribillo horrible como el *Árbol de Tyburn*, cuando el inspector Gerrard empujó la puerta de entrada.

Al aparecer el Inspector, se hizo como por encanto el silencio, que era á la vez de extrañeza, de inquietud y de amenaza. Mientras algunos escondían la cabeza entre los brazos y fingían dormir, otros miraban á los policías y á los visitantes con una evidente expresión de cólera y de provocación.

—Lemagnen, hijo mío (dijo en voz baja Yan Poullaouec á su compañero); nos amenazan con la mirada. Huele á azufre. Ten cuidado.

—¿Quiénes son estas gentes?—preguntó Placial al Inspector.

—Son bandidos,—contestó rápidamente y por lo bajo el hombre de policía.

—¿Todos?

—El noventa y cinco por ciento,—dijo el Inspector, empleando, como buen inglés, el estilo del comercio.

Y durante este corto diálogo, el teniente Bourrageas decía al oído de Montpezat estas palabras:

—¡La sociedad es bastante escogida para que Fargeotte y Rondonneau no estén aquí!

—¡Dios quiera que así sea!—dijo el Capitán.

El silencio se hacía más profundo aún, y verdaderamente pavoroso.

Todas aquellas caras brutales se volvían con aire de interrogación hacia los recién llegados.

—Sentémonos,—dijo el Inspector.

Mientras que sus compañeros se sentaban alrededor de una mesa, el sargento Hudson fué á hacerlo cerca de la puerta, con el propósito de vigilarla.

—Maese Talbot, que traigan *porter*,—gritó el inspector Gerrard, golpeando en la mesa.

Maese Talbot era el propietario de la taberna; una taberna sin nombre, de un grado inferior á la del *Hacha y el Ancla*, que en aquel mismo barrio, pero bastante lejos de allí, había abierto el campeón Tom-Black.

Talbot acudió presuroso, inquieto y con uno de sus ojos amoratado.

—¿Qué es eso? (dijo Hudson, mirando el ojo del tabernero.) ¿Quién os ha hecho ese regalo, Talbot? ¿Ha sido algún parroquiano?

—No, ha sido una parroquiana, Dick Hudson (contestó con tono lastimero Talbot). Yo reclamaba el precio de una jarra de ale. Y, en vez de pagarme..., ¡paf!... ¡paf!... ¡Nunca desconfía uno bastante de las mujeres!

—La mujer es el ser más débil y dulce de la creación (dijo sentenciosamente Jedediah Pickford); pero cuando, por desgracia, el espíritu del mal se apodera de su alma...

—Hay que tener cuidado con sus ojos (interrumpió el doctor Morton, á quien la verbosidad del filántropo fastidiaba). ¡Vamos, que traigan *porter*!

—¡Porter, Talbot!—repitió el Inspector.

Mientras el propietario de la taberna depositaba el *porter* en la mesa, Gerrard se había sentado en un escabel enfrente de los bebedores, que instintivamente se agolpaban en un ángulo del figón, como moscas en el rincón de un muro.

El Inspector de policía paseaba su mirada inquisidora sobre todos aquellos semblantes, entre los cuales había más de un antiguo conocido.

De repente alzó la voz.

—¡Hola! (dijo.) ¡Voy á haceros una pregunta, y váis á responder á ella con franqueza, como gentes que no tienen nada que temer de una interrogación clara y de una confesión sincera!

Hubo en aquella multitud harapienta sonrisas burlonas y escépticas. Un hombre sin zapatos, con un vestido negro sin mangas, de donde salían sus brazos absolutamente desnudos, velludos y delgados, dijo bastante alto:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Esta es la miel para coger á las zorras! ¡Si no fuera uno tan lagarto!...

—Veamos (continuó el Inspector); hay entre vosotros dos marineros franceses, con los que, sin intervenir la justicia en el asunto, os lo aseguro bajo mi palabra, estos cuatro *gentlemen* (y señalaba á Montpezat, al teniente y los marineros) querrían arreglar una cuenta personal.

Hombres y mujeres se miraban, se interrogaban con los ojos y no respondían.

—¿Qué me contestáis?—dijo el Inspector.

—Inspector Gerrard (contestó el hombre de los brazos desnudos, como hablando en nombre de todos); no hay franceses entre nosotros; pero, aun cuando los hubiese, ya sabéis que no os los entregaríamos. ¡Á vuestra salud, inspector Gerrard!

Y levantando el codo, bebió de un solo trago un vaso de brandy.

—Nada sabremos aquí (dijo entonces el Inspector, volviéndose hacia sus compañeros). En otra parte quizás.... Esperad (dijo de pronto, al ver entrar á un chico pálido y delgado por la puerta, á cuyo lado se encontraba el sargento Hudson; reconoció á este muchacho, y bien podría....

Llamóle bruscamente:

—¡Paddy! ¡Paddy!

El chico se volvió hacia él con aire sombrío, llevando con rapidez la mano derecha á la gorra al reconocer al Inspector.

Débil, pálido, tosiendo mucho, el muchacho, cuyos cabellos de color rojizo, espesos y llenos de polvo, no cubrían la frente más que á medias, abría unos grandes ojos azules, casi extraviados, y tenía en la mano una pequeña escoba sucia; su pantalón, hecho girones, dejaba ver sus pobres rodillas puntiagudas y amoratadas. Tenía sobre los hombros una miserable chaqueta agujereada y una camisa amarillenta, que dejaba entrever su pequeño pecho hueco, delgado y blanco. Un pedazo de tela usada y raída le servía de gorra.

Al mirar á aquel chico, Placial creyó ver al viejo Bob á los doce años, y se dijo que si, por un imposible, el pobre pequeño llegase á ser septuagenario, acabaría por morir, como había muerto Bob, en una esquina ó en el arroyo.

—¡Y sin funerales!—pensaba el domador.

—Acércate, Paddy; acércate,—dijo el inspector Gerrard al muchacho.

—Espero que podrás darnos buenas noticias,—añadió el oficial de policía por lo bajo.